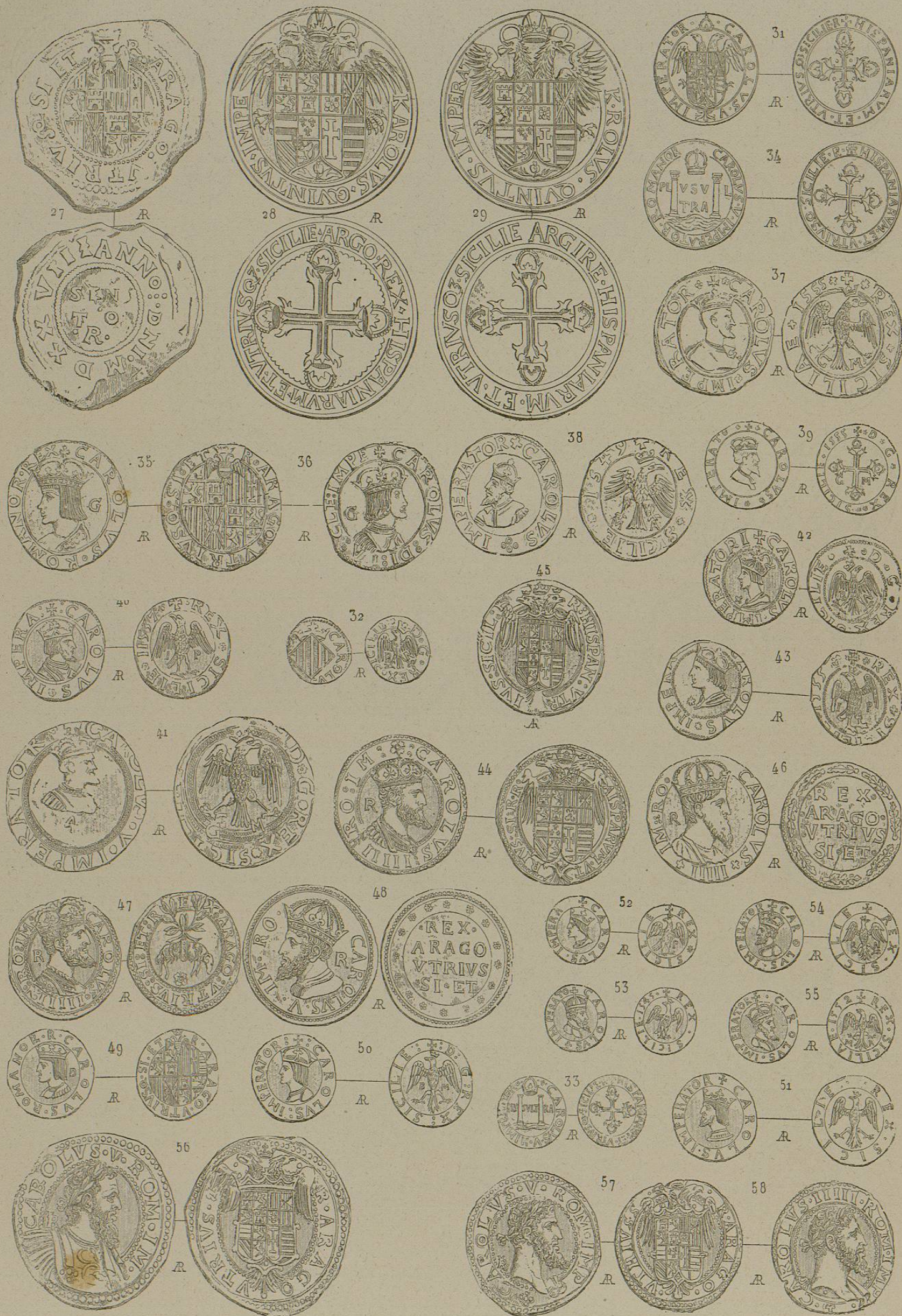


DOS SICILIAS



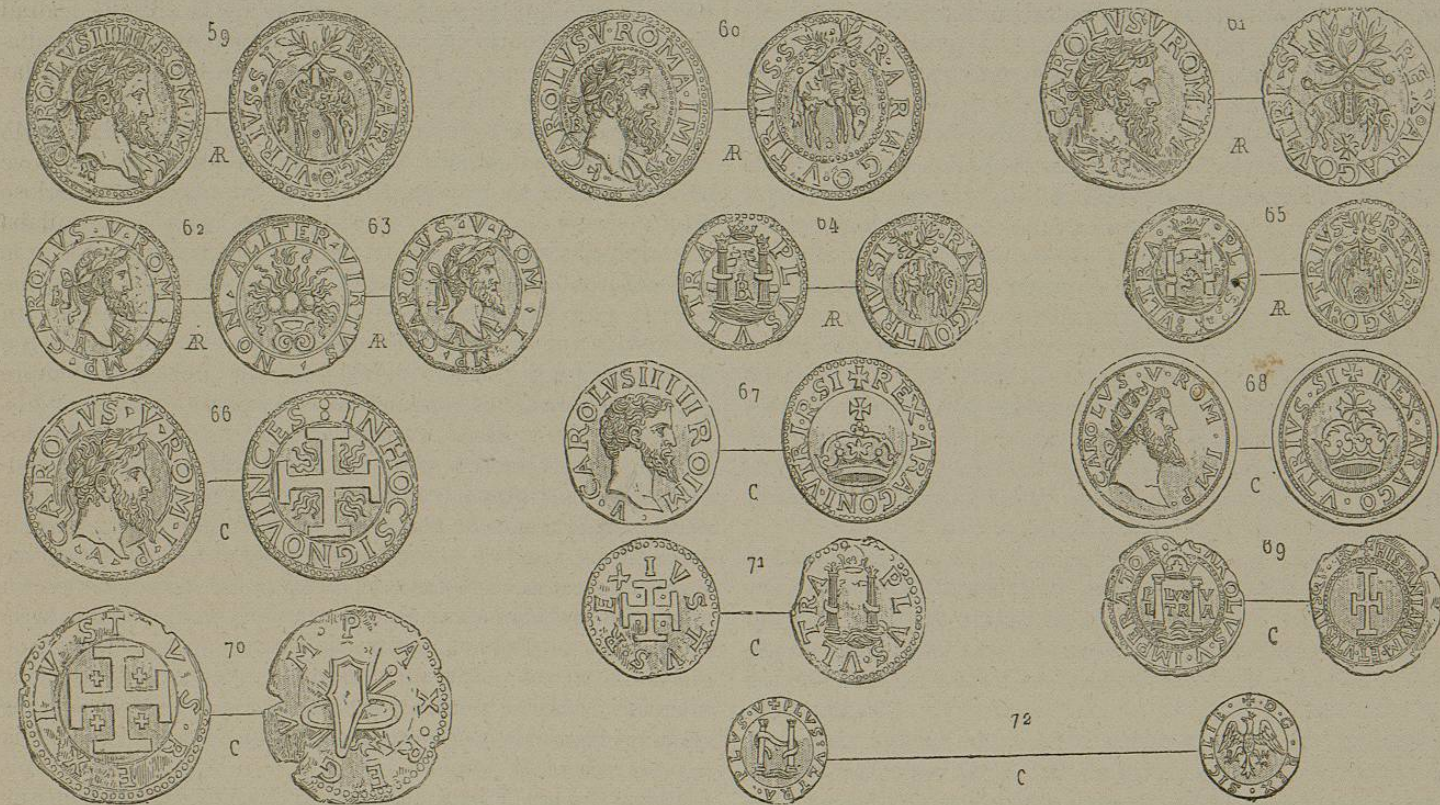
CARLOS I

y los restos de su ejército conducidos á Francia por el enemigo, sin armas ni bagajes, conforme á lo capitulado. Así acabó uno de los mas brillantes ejércitos que la Francia habia lanzado sobre Italia. La defeccion del duque de Borbon habia costado á Francisco I la pérdida de Milan, la de sus mejores generales y su prision misma; la defeccion de Doria valió á Carlos V la conservacion de Nápoles, y costó á Francisco dos de sus generales y todo un ejército. Francisco resentia y esperaba á sus mejores caudillos, y Carlos sabia atraerlos y utilizarlos. El emperador vencía al rey con sus propios subditos (1).

Y no le costó esto solo, sino tambien la pérdida de Génova. Que aprovechando Doria tan buena ocasion para realizar su constante deseo de dar la libertad á su patria y redimirla del alternativo dominio de franceses y españoles, presentóse atre-

vidamente con sus galeras delante de la ciudad. Á su vista se retira Barbezieux con las naves francesas; Doria desembarca con un puñado de hombres; la ciudad le saluda y aclama como á su libertador; la guarnicion francesa contagiada de la peste se refugia en la ciudadela, donde la falta absoluta de viveres la obliga á capitular, y los ciudadanos genoveses arrasan tumultuariamente hasta los cimientos de la ciudadela como un monumento odioso de su servidumbre, y otro tanto ejecutan con las fortificaciones de Savona, abandonada por los franceses. Aquí fué donde mostró el patricio Andrés Doria toda su abnegacion y toda la grandeza de su alma. Pudiendo ser príncipe soberano de Génova por el emperador, ni siquiera vacila en rehusar esta alta dignidad, y anuncia á sus conciudadanos que, libres ya como eran, elijan la forma de gobierno que sea mas de su agrado. Esto era poco todavía para su magnanimi-

DOS SICILIAS



CARLOS I

dad. Génova se erige nuevamente en república, y los ciudadanos admirados y conmovidos aclaman con frenético entusiasmo á Doria, que rechazando noblemente toda preeminencia, les manifiesta que no quiere ni admite para si otro título que el de simple ciudadano, ni otra gloria ni recompensa que la satisfaccion de haber restituido la libertad á su patria. Una estatua de mármol con la inscripcion: *Al restaurador de la libertad genovesa*, recordó por siglos enteros la grata memoria de aquel insigne patricio, y por siglos enteros duró tambien el gobierno que con tan magnánimo desprendimiento supo dar á sus compatriotas (2). La ciudad natal de Cristóbal Colon tuvo tambien la fortuna de producir un Andrés Doria.

Á la destruccion del ejército francés de Lautrec en Nápoles por el príncipe de Orange siguió la de las tropas francesas que obraban en el Milanesado al mando del conde de Saint-Pol, por el español Antonio de Leiva. El heroico y hábil defensor de Pavia, que atacado, doliente y casi postrado de la gota, se hacia conducir en una litera á los combates, supo triunfar con unos pocos imperiales de los esfuerzos aunados del duque de Urbino, de Sforza y de Saint-Pol á fuerza de actividad y de inteligencia. El gotoso general hizo prisionero al robusto y ágil Saint-Pol con lo mas florido de sus oficiales, y las reliquias del

ejército francés de Milan volvieron á Francia casi en tan miserable estado como las de Nápoles, para no volver en mucho tiempo á Italia. Tal fué y tan desastroso para Francisco I el resultado de las campañas de 1527 y 1528 en Nápoles y en Milan, mientras él vivía como de costumbre entre fiestas y placeres (3).

Habia, no obstante, un deseo y una necesidad general de paz, y vencidos y vencedores la apetecian y anhelaban, cada cual por su particular interés. No hay que decir cuánto interesaría á Francisco I ver si rescataba por platos á sus hijos, ya que tan desgraciado habia sido en las guerras. La Italia, y principalmente Lombardia, consumida y aniquilada por españoles, alemanes y franceses, no podia ya ni mantenerse á sí misma, cuanto mas sostener ejércitos. El papa, resentido de los aliados, que en vez de prestarle auxilios, se habian ido repartiendo el patrimonio de la Iglesia, esperaba recobrar mas por medio de tratados con el emperador que de unos confederados á quienes tan poco habia debido en la ocasion mas critica. Y el mismo Carlos V, el mas ganancioso en las pasadas luchas, que sin moverse de España habia vencido á todos sus enemigos por medio de sus generales, tenia tambien graves

(1) Du Bellay, Mem. 114 y sig.—Guicciard. lib. XVIII.—Heuter, Rer. Austr., lib. X.—Herbert, p. 90.—Robertson, lib. V.—Sandoval, libro XVIII.

(2) Sigonii, Vita Doriae.—Guicciard. lib. XIX, y todos los historiadores italianos.

(3) Fué tan grande, dice con razon el obispo Sandoval, la reputacion y crédito que con esta victoria y prision del general francés ganó Antonio de Leiva, que ninguno de los capitanes de aquel tiempo tuvo mas fama, así en tomar consejo, como en el valor para ejecutarlo, y decian que si tuviera salud se igualara con el Gran Capitan, su maestro.» Lib. XVII, párrafo 19.

motivos para desear la paz. Faltábanle los recursos, porque España no podía ni tenía voluntad de subvenir á los gastos de tantas y tan costosas guerras. Alarmábanle además los progresos de la reforma en Alemania y de los turcos en Hungría, y se susurraba ya que el rey de Francia andaba en tratos con Soliman contra él. Quería por otra parte pasar á Italia á recibir la corona de oro de mano del pontífice, y por todas estas razones le convenia la paz.

Las negociaciones entre el papa y Carlos V fueron las que mas pronto llegaron á concierto. El jefe de la Iglesia creyó deber olvidar los insultos recibidos de los imperiales á trueque de recobrar el patrimonio de San Pedro, usurpado y dividido por sus malos aliados; y Carlos V, cuyos soldados habian saqueado á Roma y ultrajado la dignidad pontificia, queria justificarse de aquellos escándalos á los ojos de la cristiandad, reconciliándose con el papa y favoreciéndole, y como poner á Dios de su parte para combatir á reformistas y á infieles. Con esto, hallándose el emperador en Barcelona, se ajustó entre los dos un tratado de alianza (20 de junio, 1529), por el cual, entre otros capitulos, se acordó: que el papa dejaria paso libre por sus tierras al ejército imperial de Nápoles; que pondría por su mano en la frente de Carlos la corona imperial; que le daría la investidura del reino de Nápoles sin otro feudo que el de la hacanea blanca cada año; que la causa del duque Sforza de Milan se someteria al fallo de jueces imparciales; que serian absueltos todos los que habian tomado parte en el asalto y saco de Roma; que el emperador, su hermano Fernando y el papa Clemente traerian de grado ó por fuerza á los luteranos á la verdadera fe católica; que en cambio el emperador haría devolver al dominio de la Santa Sede todas las ciudades que le habian sido usurpadas por los venecianos y el duque de Ferrara; que restableceria en Florencia el gobierno de los Médicis, y daría en matrimonio su hija natural Margarita al bastardo Alejandro Médicis, jefe de la familia, que tomaría título y soberanía de duque (1).

Mientras esto pasaba, dos ilustres damas habian tomado á su cargo la noble y santa obra de dar á Europa la paz que tanto anhelaba; y habiendo convenido en avistarse en Cambray, ellas solas, sin intermediarios, sin ruido y sin ceremonias ni formalidades, celebraban sus conferencias encaminadas á tan loable fin. Eran estas Margarita de Austria, viuda de Saboya, tía del emperador, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I de Francia, mujeres ambas de eminente talento, y ambas versadas en los negocios públicos y en los secretos de sus respectivas cortes. La noticia del tratado de Barcelona les hizo abreviar sus negociaciones amistosas, que dieron por resultado la *Paz de Cambray* (5 de agosto, 1529), por otro nombre llamada *Paz de las Damas*. Sirvióles de base para este tratado la Concordia de Madrid, de la cual vino á ser una modificación la de Cambray. En ella se estipuló que Francisco pagaría dos millones de escudos de oro por el rescate de sus hijos, entregando antes todo lo que poseía todavía en el Milanesado; que cedería sus derechos á la soberanía de Flandes y de Artois, renunciando igualmente sus pretensiones á Milan, Nápoles, Génova y demás ciudades de allende los Alpes; y que Carlos no demandaría por entonces la restitucion de Borgoña, mas con reserva de hacer valer algun día sus derechos, contentándose con el Charolais, que volvería despues de su muerte á la corona de Francia (2).

Por este tratado, poco menos ignominioso al monarca fran-

(1) Guicciard. lib. XIX.—Varchi, p. 224 y sig.—Robertson, libro V.—Sandoval, lib. XVII.

(2) Tratados de paz.—Rimer, Feder.—Sandoval inserta la letra del tratado, que consta de cuarenta y cuatro capítulos, y es larguísimo.

cés y á su reino que el de Madrid, quedó Francisco desacreditado á los ojos de Europa, é indignó á sus aliados, por quienes nada hizo, dejándolos comprometidos y sacrificados; pues mientras el emperador cuidó de asegurar los intereses de todos sus amigos, sin olvidar á los herederos del duque de Borbon, á quienes se habian de restituir todos sus bienes, Francisco no mencionó á nadie, como abandonándolos todos á merced de su rival, y aun se humilló hasta el punto de comprometerse á no dar asilo en sus Estados á los que hubieran hecho armas contra el emperador. «La Francia misma, dice un moderno historiador francés, abatida por tantos desastres, habia muerto como su rey al sentimiento del honor, tan vivo comunmente en ella. La paz la indemnizaba de todas sus afrentas, y ningun precio le parecia caro para comprarla. Los pueblos, como los individuos, se pervierten en la adversidad, y el sentido moral, borrado en el monarca, dormitaba tambien en el país. De todos los historiadores nacionales no hay uno solo que proteste, en nombre de la antigua lealtad de la Francia, contra este inmoble abandono de todos sus aliados. La impaciencia de Francisco por ver á sus hijos y por dar la paz á su reino lo disculpa todo á sus ojos.»

Comprendemos el justo dolor que á un francés ha debido causar un tratado en que el rey de Francia despues de nueve años de guerra se despojaba de todo, mientras su victorioso rival despues de haberle vencido con las armas le humillaba con capitulos, quedaba árbitro de los países disputados, y le imponía condiciones como señor. Pero en el estado á que habian llegado las cosas, ¿podía resolverse la cuestion de un modo mas ventajoso á la Francia? Culpa era de Francisco ó de su carácter la tibieza y flojedad con que proseguía siempre planes y operaciones comenzadas con vigorosa energía, y distraerse con cortesanas y palaciegos mientras sus soldados morian de hambre ó de peste, ó á las descargas de los arcabuces enemigos. Culpa suya era haber puesto á sus mejores generales en el trance de abandonarle por despecho, y de vengar sus injurias, yendo á servir de poderosos auxiliares á un contrario que sabia explotar con destreza las injusticias de su rival y los resentimientos de sus grandes vasallos. Culpa seria de la reina de Francia, madre de Francisco, si es cierto que guardaba en sus cofres un millon y quinientos mil escudos, mientras Milan se perdía por no haber con qué pagar á los soldados franceses, y el ejército de Lautrec perecia de miseria bajo los muros de Nápoles.

Mérito fué de Carlos haber sido siempre enérgico en sus resoluciones y no haber aflojado nunca en sus planes; haber dirigido la política de Europa desde España; haberse aprovechado con sagacidad de los menores descuidos ó errores de sus adversarios, y no haber malogrado ninguna coyuntura de que pudiera sacar ventaja. Desgracia fué de Francisco y fortuna de Carlos la diferencia en las prendas y talentos de los generales con que contaba cada uno para la ejecucion de sus designios políticos y para la direccion de las campañas: porque si La Tremouille y Lautrec eran entendidos y esforzados capitanes, ni Chabannes, ni Bonnavet, ni Saluzzo, ni Urbino, ni Saint-Pol, reunian al valor, la prudencia y la astucia, como Pescara, Lannoy, Leiva, el del Vasto, Orange y Moncada. Desgracia fué de Francisco y fortuna de Carlos que los mismos tráfugas de las banderas francesas, Moron, Borbon y Doria, fuesen los mas decididos campeones de la causa del emperador, los mas terribles adversarios del francés, y dos de ellos consecuentes siempre y admirablemente leales á las banderas del imperio.

Tales diferencias no podian menos de conducir á resultados como la Concordia de Madrid y como la Paz de Cambray.

CAPÍTULO XIV

ESPAÑA

Sucesos interiores

DE 1524 Á 1528

Sublevacion de los moros en Valencia.—Sus causas.—Medidas y providencias del emperador para reducirlos.—Conversiones ficticias.—Rebelion y sumision de los Benaguacil.—Gran levantamiento de moros en la sierra de Espadan.—Dificultades para someterlos.—Son vencidos y subyugados.—Movimiento de los moros de Aragon.—Quejas de los de Granada.—Providencias para traerlos á la fe.—Reclamaciones que hicieron, y gracias que se les otorgaron.—El palacio de Carlos V en Granada.—Carácter de las cortes de Castilla en este tiempo.—Las de Toledo y Valladolid: firmeza é independencia con que obraron.—Las cortes en Aragon.—Cortes de Monzon.—Petitionen notables.—Situacion de los príncipes franceses en Castilla: cómo eran tratados los hijos de Francisco I.—Preparase el emperador á salir de España.—Carlos V en Zaragoza.—Canal imperial de Aragon.—Pasa el emperador á Barcelona.—Embárcase para Italia.

De tal magnitud é interés eran los acontecimientos europeos, en que el emperador Carlos V aparecía como el principal movedor ó agente, que los historiadores de este reinado, en general, olvidando la España por Europa, al reino por el imperio, y por el emperador al rey, apenas apuntan ligeramente lo que aqui acontecía y pertenece á la vida propia y especial de nuestra nacion. Nosotros, historiadores de España, que vemos aqui siempre el centro natural y perenne de su vitalidad, por mas que parezca derramarse toda fuera y salirse por largos periodos de sí misma, no podemos menos de concentrarnos tambien de tiempo en tiempo para no perder de vista el enlace de su pasado, de su presente y de su futuro dentro de sus límites naturales, á que al fin habrá de tener que reducirse. Anudaremos pues los principales sucesos interiores que aqui acontecieron desde que Carlos regresó de Flandes hasta su marcha á Italia, para la cual quedaba preparándose en Barcelona despues de su concierto con el pontífice Clemente.

Terminadas durante su ausencia las alteraciones de las comunidades de Castilla y de las germanías de Valencia, todavía llegó á tiempo de tener que presenciarse y buscar remedio á otras turbaciones, consecuencias y restos de la gran lucha pasada de los españoles con los musulmanes, que él habria oído solamente contar desde lejos, y de la mas reciente de las germanías, que tampoco habia presenciado.

El lector recordará (1) que los agermanados de Valencia hicieron recibir por fuerza el bautismo á los moros de aquel reino que se habian alzado en defensa del partido de los nobles, de quienes dependian. Pues bien, aquellos moriscos así bautizados, como que solo cediendo á la violencia habian abjurado la fe de sus padres á que interiormente estaban muy adheridos, abandonaron pronto el culto y las prácticas cristianas, y volvieron inmediatamente á sus ritos y ceremonias musulmicas (1524), contentos con pagar doble tributo á sus señores á trueque de no renunciar á sus creencias, y tolerándolos los caballeros, así porque habian sido sus defensores, como porque eran los vasallos que mas rentas les pagaban. Noticioso de esto el emperador por diferentes conductos, reunió una junta de teólogos en union con los Consejos de Castilla y de la Inquisicion, que se congregaron en el convento de San Francisco de Madrid, para consultarles si á los moros así bautizados por fuerza los podría compeler á hacerse cristianos ó salir de España. Todos contestaron afirmativamente, á excepcion de fray Jaime Benet, varon eminente y docto, que por espacio de treinta y ocho años habia enseñado derecho canónico y civil en la universidad de Lérida, el cual opinó que no debia forzárseles á recibir el bautismo, porque si antes eran moros, despues serian apóstatas. Este prudente consejo fué desestimado, y siguiendo el de la mayoría expidió una real cédula (4 de abril, 1525) declarando cristianos y con las obligaciones de tales á los que de aquella manera se habian bautizado, y envió á Valencia al obispo de Guadix, comisario del

inquisidor general, con oficiales del Santo Oficio y con dos predicadores, uno de ellos el célebre fray Antonio de Guevara (mayo). Estos, en cumplimiento de su comision, hicieron pregonar y citar por carteles á todos los moros, para que en el término de treinta dias viniesen á la obediencia de la Iglesia, bajo la pena de muerte y confiscacion de bienes á los rebeldes y contumaces.

Los mas de los moros, en vez de acudir á la citacion, se subieron en número de quince á diez y seis mil á la sierra de Bernia, donde se mantuvieron algunos meses; al cabo de los cuales, movidos por todo género de exhortaciones y amenazas, descendieron (setiembre) temerosos de que se ejecutaran las órdenes severas del emperador. Desde entonces y en los dos meses siguientes no se daban vagar los bandos y pregones públicos, ordenando sucesivamente que ningun moro saliera de su lugar, so pena de ser esclavo del que le hallare fuera; que llevasen un distintivo en el sombrero; que no pudieran usar armas; que no practicaran ninguna ceremonia de su antiguo rito; que asistieran á todas las solemnidades religiosas de los cristianos é hiciesen lo mismo que ellos; que en el término de tercero dia cerraran todas sus mezquitas; y que toda persona, bajo pena de excomunion, delatase á los que faltaren á cualquiera de estos mandamientos. Por último, viendo su general desobediencia, se publicó solemnemente un edicto de la majestad cesárea mandando que todos los moros, hombres y mujeres, hubieran de estar fuera del reino de Valencia para fines de diciembre, y para último de enero fuera de España, habiendo de embarcarse precisamente en el puerto de la Coruña, y marcándoles el itinerario por Requena, Utiel, Madrid, Valladolid, Benavente, Villafranca y la Coruña. La circunstancia de prescribirles para su embarque el puerto mas lejano, discurre un historiador valenciano, llevaba el doble objeto de que no se quedasen en las fronteras de Africa, y que consumieran en tan largo camino el dinero que llevaban, cuando no tuviera tambien el de que con algun movimiento dieran ocasion á que los degollaran en Castilla (2).

Apretados los moros para su marcha, acudieron los mas interesados de entre ellos, con seguro de la reina doña Germana, lugarteniente y gobernadora del reino de Valencia, á la corte del emperador, y propusieronle que si les otorgaba cinco años de tiempo para hacerse cristianos le asistieran con cincuenta mil ducados. Respondióles ásperamente el emperador que no tenia necesidad de sus dineros. Suplicaronle entonces que les permitiera embarcarse en Alicante, y tambien les fué negado. Ofrecieronle que se harian cristianos con tal que en cuarenta años no los juzgara el tribunal de la Inquisicion, y la respuesta definitiva de Carlos fué que les prorrogaria el plazo de su salida hasta el 15 de enero (1526), y que si para entonces no estuviesen ya en camino serian confiscados sus bienes y ellos quedarían esclavos (3). Todavía insistieron los moros en hacer nuevas súplicas al emperador y al inquisidor general que se hallaban en Toledo, por medio de sus síndicos que al efecto despacharon. Sus peticiones obtuvieron casi el mismo resultado que las primeras, si bien se les otorgó otra pequeña próroga de una semana para abandonar sus hogares.

Llevada por los comisionados esta última contestacion á sus correligionarios, resolvieron sucumbir á la necesidad, y pidieron el bautismo á los comisarios imperiales, los cuales los rociaron solemnemente con el agua bautismal, usando de la aspersion, por ser tan crecido su número que no era posible hacerlo de otro modo; cosa que dió gran contento al pontífice, al emperador y á los inquisidores. Mas luego se supo que habian disminuido notablemente el censo personal, y que los mas se alababan de no haber quedado bautizados, por no haber tenido intencion, y hasta se jactaban muchos de no haberles tocado siquiera una gota de agua, pues para

(2) Escolano, Décadas de la Historia de Valencia, part. II, libro X, capítulo 25.—Gonzalo de Oviedo, Relacion de los sucesos, etc. MS. de la Biblioteca nacional.—Reales cédulas y edictos de 4 de abril, 14 de mayo, 13 de setiembre, 9 y 21 de octubre, 18 y 25 de noviembre de 1525.

(3) Escolano, ibid. cap. 26.—Bando publicado en Valencia el 2 de enero.

(1) Véase nuestro cap. VIII de este mismo libro.